



MR GWYN, DE BARICCO

Pepe Grillo
en el camino
de la seda

Página 3



CONTRATAPA

Pacto de sangre,
un relato de
Luis Soto

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 59 | JUEVES 17 DE ENERO DE 2013



Contar mucho
con poco

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE TODO LO QUE SUCEDE PARA CREAR UNA CANCIÓN

En la novela juvenil *Ella cantaba* (en tono menor), el escritor Antonio Santa Ana narra el transcurrir de la vida de Pablo, un adolescente que forma una banda de rock con amigos, pasea por la ciudad, experimenta el primer amor, consolida la relación. "La novela se trata de cómo hacer una canción, de todo lo que se transita para poder escribirla, que es tan difícil—cuenta Santa Ana a **Télem**—. Quería contar ese

instante donde la experiencia se frena, ese momento en que uno dice: "a partir de acá debería ser otro". Es un pequeño click. Esta es una historia alrededor de ese instante". Pablo está terminando el secundario, mientras forma la banda de rock La Cofradía (en honor a la de la Flor Solar) con Diego y Francisco, conoce a Guadalupe, que—recién llegada de México—lo cautiva y le da un giro a sus decisiones vitales.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ NUEVES 17 DE ENERO DE 2013



→ VICENTE BATTISTA

Se lo conoce bajo diferentes maneras, pero quienes lo practican aún no se han puesto de acuerdo por un nombre definitivo: microcuento, microficción, microrrelato, minicuento, minificción, minitexto, son algunos de los muchos que proponen. Los poetas japoneses fueron menos dubitativos, hace siglos crearon una forma poética brevísima que, desde entonces, simplemente llaman: *Haikú*.

"Cuando desperté, el dinosaurio todavía estaba ahí". Estas siete palabras, cifras por el guatemalteco Augusto Monterroso, conformarían el cuento más breve de todos los que hasta hoy se han escrito. El potencial tiene su razón, no bien se conoció el texto de Monterroso, comenzó a circular otro cuento de autor anónimo aún más corto: "Y entonces fue que me comieron". Seis palabras en lugar de siete que, sin embargo, no le quitaron el cetro a Monterroso. El dinosaurio que todavía estaba ahí continúa brindándose como el cristiano ejemplo de la minificción y Augusto Monterroso se lo considera, con justicia, el fundador de este singular género. No en vano, alguna vez confesó: "Me aterroriza la idea de que la teoría occhasa siempre a cualquier autor después de cuatro páginas".

Por aquellos días, el minicuen-

«El último hombre sobre la Tierra está sentado a solas en una habitación. Llaman a la puerta...»

to aún no había recibido el elogio de la crítica. Se consideraba que un texto tan reducido no merecía la condición de forma artística y menos aún el estatus literario que algunos querían otorgarle. Estaba más cerca de un chiste o de un juego ingenioso del lenguaje que de una pieza literaria. El escritor mexicano Edmundo Valadés lamentaba que "desestimado en mucho como creación menor, la del miniatrista, el cuento breve o brevísimo no ha merecido ni recuento, ni teoría, ni nombre específico universal", a pesar de que "su mínima pero difícil composición, exige inventiva, ingenio, impecable oficio prosístico y, esencialmente, imposterizable concentración e inflexible economía verbal (...) La minificción no puede ser poema en prosa, viñeta, estampa, anécdota, ocurrencia o chiste. Tiene que ser ni más ni menos eso: minificción. Y en ella lo que vale o funciona es el incidente a contar. El personaje, repetidamente notorio, es aditamento sujeto a la historia, o su pretexto. Aquí la acción es la que debe imperar sobre lo demás".

Los temores de Edmundo Valadés menguaron en 1998: en agosto de ese año su compatriota, Lauro Zavala organizó en México D.F. el Primer Coloquio Internacional de Minificción, con la participación de escritores de Chile, México, Venezuela, Argentina, Colombia, Estados Unidos de América y España. En esa ocasión se presentó el libro de la venezolana Violeta Rojo *Breve manual para reconocer minicuentos*.

En el año 2000 en la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia se creó el Grupo de Investigación en Hipertexto, Minific-

ción, Literatura y Lenguaje, HÍMINI, orientado a profundizar la didáctica de la Literatura y las Nuevas Tecnologías, el desarrollo de indagaciones en Hipertexto, narrativa breve o minificción, teoría literaria, producción de software educativo y de páginas Web.

Dos años después se celebró el II Congreso Internacional de Minificción, en Salamanca (España), que reunió a escritores de América y Europa y a algunos editores españoles especializados en el tema del microrrelato. El III Congreso se llevó a cabo en agosto de 2004, en Valparaíso, Chile. El IV se realizó en noviembre de 2006; tuvo por sede la Universidad de Neuchâtel, en Suiza. Ese mismo año el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, el Centro Provincial del Libro y la Literatura de Sancti Spiritus y el Instituto Cubano del Libro convocaron al "I Concurso internacional de Minicuentos El dinosaurio 2006". En agosto de 2008 nuestra Patagonia fue el escenario del V Congreso de Minicuentos: autores de distintos países del mundo se reunieron en la facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Comahue.

En el año 1335 el infante Juan Manuel publicó *El conde Lucanor*, en el año 1353 Giovanni Boccaccio el *Decamerón* y en el 1400 Geoffrey Chaucer *Los cuentos de Canterbury*, España, Italia e Inglaterra le dieron definitiva entidad al cuento en Occidente. No obstante, durante el Renacimiento aún seignora al cuento o se lo confundió con la novela: Cervantes reúne doce narraciones bajo el título de *Novelas Ejemplares* y Lope de Vega reconoce: "En tiempos menos

discretos que el de ahora, aunque de hombres más sabios, se llamaba a las novelas cuentos. Estos se sabían de memoria, y nunca que me acuerde los vi escritos". Así fue que una práctica literaria que se ejercía desde tiempos remotos recibió ganó su condición de género en mayo de 1842, cuando Edgar Allan Poe en el *Graham's Magazine* estableció las normas de lo que iba a llamarse "cuento moderno".

Con el minicuento sucedió algo parecido. "El ciervo escondido" es un brevísimo texto escrito a mediados del siglo IV a.C. por Liehtsé, un filósofo chino de la escuela taoísta. *El Satirión*, que el romano Petronio compusiera en el año 60, recoge dos cuentos breves: "El lobo" y "Epitafio de una perra de caza". Doscientos años después, el japonés Kan Pao, en poquitas palabras ofrece "Historia de Ts'in Kiu-Po". A finales del siglo XIX, el escritor estadounidense Thomas Bailey Aldrich publica un brevísimo cuento, que se lee así: "Una mujer está sentada sola en su casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpea a la puerta". A comienzos del siglo XX, Frederic Brown, da a conocer "La llamada", texto que tiene un inquietante parecido al que algunos años antes había publicado su compatriota Aldrich: "El último hombre sobre la Tierra está sentado a solas en una habitación. Llaman a la puerta..."

Este modo de narrar mucho con poco ya sabía de lugar, pero aún no había logrado la condición de género. Hubo que esperar a ese terco y silencioso dinosaurio que inventara Monterroso para que lo obtuviera de una vez y para siempre.



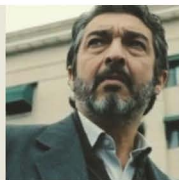
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Contar mucho con poco

Quince años después de su publicación original y como corrolato de su inminente versión cinematográfica (foto), vuelve a las librerías *Tesis sobre un homicidio*, la novela policial de Diego Paszkowski, centrada en una pugna entre dos personajes con dos miradas distintas sobre los alcances de la

justicia. La mejor tradición del género, con su inquietante repertorio de intrigas, pesquisas y obsesiones, aparece resignificada en esta historia cuyo punto de partida es un asesinato que, sin indicios esclarecedores que allanen el camino a su resolución, confronta a ambos personajes en un duelo intelectual. *Tesis*

sobre un homicidio, reeditada por Sudamericana, narra la transformación que sufre Roberto Bermúdez, un prestigioso abogado ahora dedicado a la docencia y empeñado en demostrar que uno de sus mejores alumnos es el autor de un asesinato perpetrado frente a la Facultad de Derecho.



Pepe Grillo en el camino de la seda



Descubrí a *Mr Gwyn* de casualidad. En realidad, entré a una librería sin buscarnada en particular, caminé entre las mesas con las manos en los bolsillos, miré con hastío los anaqueles atestados de historias de vampiros enamorados, de brujos con miopía, de empresarios perversos seduciendo a jóvenes inocentes (que para los empresarios perversos es lo que la hace seductoras).

Cuando me iba, me topé con un Alessandro Baricco. Hay libros que uno los elige por el autor, sin importarle nada más. "Un Baricco nuevo", pensé entusiasmado y llevé un ejemplar al mostrador. Mientras pagaba, la cajera me preguntó: ¿Será tan bueno cómo *Seda*? No supe qué contestarle.

La verdad es que nunca tuve la pretensión de encontrar algo parecido a *Seda* al leer *Emilia*, *Océano mar*, *Homero*, *Ulida*, *Novocento*, *City*, *Tierra de Cristal*, *Esta historia*, o *Sin sangre*.

Es que hay libros con personajes inolvidables, hay libros con tramas que provocan insomnio, hay libros con frases que aprendemos para llevarlas siempre con nosotros, hay libros que logran generar emociones, hay libros, como dije, de autores. También hay libros mágicos y singulares, que en su lectura van generando a nuestro alrededor luz. *Seda* envuelve a su lector en esa luminosidad tiubante y cilda de los pálibos encendidos.

Por eso no leí el último Baricco con la expectativa de la cajera: y tuve razón: No es *Seda*, pero al final de cada capítulo el lector está obligado a detenerse porque siempre hay algo en lo que reflexionar.

Jasper Gwyn es novelista desde hace doce años. Es bien considerado por la crítica y se beneficia de devotos lectores. Un día hace publicar en el periódico *The Guardian* un listado de cosas que no quiere volver a hacer. El punto cincuenta y dos es dejar de escribir libros. No decide dejar de



ALESSANDRO BARICCO. EL AUTOR CREA EN *MR GWYN* UNA NOVELA, QUE SIN COMPARARSE CON *SEDA*, PROVOCA LA REFLEXIÓN DE LOS LECTORES.

“ Cuando me iba, me topé con un Alessandro Baricco. Hay libros que uno los elige por el autor, sin importarle nada más. ‘Un Baricco nuevo’, pensé entusiasmado y llevé un ejemplar al mostrador. Mientras pagaba, la cajera me preguntó: ¿Será tan bueno cómo *Seda*? No supe qué contestarle.”

escribir, sino, repito, dejar de escribir libros. Tras un tiempo de no hacer nada, de pasar por Londres, de lavar ropa, mientras visita una galería de arte, Gwyn resuelve dedicarse a un oficio innovador: ser copista, crear retratos narrados de persona. Hasta el próximo párrafo, no voy a decir nada más sobre la trama de la novela. Si voy a agregar que la escritura de *Mr Gwyn* es elegante, que su lectura es fluida y aunque los personajes, Jasper y Rebeca, son acartonados, algo brumosos, quizá hasta previsibles en sus excentricidades, este es, sin dudas, un auténtico Baricco. Yo lo dije: no es *Seda*, pero no hay culpa en ello.

Ahora quisiera detenerme en un personaje secundario de la novela: la señora del fular impermeable. ¿O es que yo no lo he visto? ¿Añadió mirando a su alrededor como quien busca la sección de saladas en un supermercado.

—No, nada de modelos, por ahora, dijo Jasper Gwyn. —Me imagino que no estarán haciendo cola afuera, en la puerta. —Aún no. —[Tiene ya pensado cómo re-

espera, donde Baricco hace que la mujer cargue la novela en su changuito y la lleve hacia adelante: la convierte en la voz de la conciencia de Jasper Gwyn. Todo lo que sucede hasta que Gwyn abre su estudio de copista, es por consejo de la mujer. Por ejemplo:

“Es sorprendente hasta qué punto resulta inútil todo esto en ausencia de un modelo, observó la señora del fular impermeable. ¿O es que yo no lo he visto? ¿Añadió mirando a su alrededor como quien busca la sección de saladas en un supermercado. —No, nada de modelos, por ahora, dijo Jasper Gwyn. —Me imagino que no estarán haciendo cola afuera, en la puerta. —Aún no. —[Tiene ya pensado cómo re-

solver el asunto, o pretende ir posponiéndolo hasta que se le termine el contrato de alquiler?”

Devez encuando, ala anciana se le escapaba el tono de maestra de escuela. Ese modo humano de implicarse en las cosas. —No, si planeado ya lo tengo, respondió Jasper Gwyn. —Le escucho.”

Gwyn, escuchándose en los diálogos con la anciana, aceptando sus consejos, esos consejos extravagantes pensados por Gwyn, pero, claro, enunciados por ella, su Pepe Grillo, deja de ser madre y se hace carne. Alguna vez, Viktor Frankl pensó que una situación tiene un sentido único, que está fuera de las generalidades de la ley que, consecuencia, el pensamiento racional por sí solo no puede ayudar en la búsqueda de dicho sentido. En la página treinta y uno, la mujer del fular impermeable cita a Proust: “Las resoluciones definitivas se toman siempre y solamente en un estado de ánimo que no está destinado a durar.”

Y es en esa frase donde anida la novela.

EL MAL MENOR: NUEVAS TEORÍAS SOBRE LA FIGURA DEL DIABLO

El medievalista Henry Ansgar Kelly desmitifica en *Pobre Diablo: una biografía de Satanás* la larga tradición cristiana que difundió la idea del diablo como oponente de Dios para presentarlo como un "funcionario divino" injustamente tergiversado. Los textos cristianos identifican a Satanás con Lucifer, un ángel que por orgullo se rebeló contra Dios y, ya caído en desgracia, instiga el pecado más fecundo y

persistente de la historia, una estampa que según el historiador no tiene rigor bíblico sino que fue fabricada por los patriarcas de la Iglesia Católica para atemorizar a los fieles. ¿La administración de Dios? Así llama Kelly a la alta jerarquía celestial, en la que Satanás juega un rol difícil, equiparable con el de Judas cerca de Cristo: le toca poner a prueba la virtud humana, como aparece en el libro de Job.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 17 DE ENERO DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

LUIS SOTO

Camina lentamente Amílcar Lahinde, sin saber que está a punto de haber recorrido la cuadra del 2300 de la avenida Pueyrredón, sin saber si va por Pueyrredón o por Quintino Bocuyana. Esta mañana de domingo de otoño despertó a las 9 y cuarto y en el par de horas que se fueron sin hacer huella en su existencia, no ha podido apartar de su mirada —no la que apunta hacia adelante o los flancos, esa otra que hurga entre sienes y tripas— la escena que cierto ángel concibió la noche anterior. Simó olora ángel mercenario, quizás inocente víctima de la falta de empleo que padece su gremio. Como cada vez que cumple años uno de sus tres hijos, fue la casa en que viven con la madre. Por estratégico cálculo, aparece una hora antes de la cena. El programa es hijo: ligero saludo a su esposa y breve conversación con el agasajado de turno. "Preguntale si quiere tomar algo", dice ella y sirve media medida de whisky con dos piedras de hielo. La frase no varía, tampoco la decisión de servir el trago sin esperar respuesta. Únicamente cambian el hijo a quien va dirigida, o la marca del whisky. Ayer eran Federico y Jonathan. Después Marta los deja solos en la habitación del muchacho.

La charla dura hasta el último sorbo de whisky. "¿Media medida más?", consulta mecánicamente la mujer, siempre hablando con su hijo. "No, gracias", le contestó Lahinde a Federico. Al salir debe atravesar el living, donde a partir de las 8, ella y los otros hijos están plantados frente al televisor. "Quedan dieciséis cuartos", no olvida Lahinde. La declaración de Marta con Gastón, el hijo menor, se hace cada día más conflictiva. Lo confirman el propio Gastón y sus hermanos. Gastón ha venido siendo "el preferido", categoría de ocultas raíces, pero en una viciencia. La casi promiscua fidelidad de sus temperamentos los lleva a choques de creciente violencia. "No sos hijo mío", llegó a sentenciar Marta, el chico tenía 7 años. Sin contener un lento apagado, Gastón dijo: "nunca te quiero". Para Lahinde es un siniestro epifanio. Sólo un niño es capaz de exhibir tanta impiedad. Anoche Gastón había recostado en el sillón doble,



Pacto de sangre

todo su ser sumergido en la pantalla. Destrás estaba Marta. Volviendo de la habitación de Federico al living alcanzó Lahinde a escuchar que Gastón decía: "él no te agrade, por qué lo tratás así?". La madre demonó en contestar. "Ahora no nos agrade. Es un hombre que no tiene sangre", dijo. Federico atinó a subir el volumen del rock que sonaba en su celular. Lahinde le acarició la nuca. Los palazos de la batería y el picanco de la guitarra eléctrica treparon como arañitas las paredes de la casa. Desató desaparecer mágicamente Lahinde. Acaso por la incomodidad de su posición, Marta había abierto las piernas. Precisamente en el nido de ese dala apoyaba Gastón su cabeza. Lahinde no pudo evitar una segunda mirada. "Lo está pariendo de nuevo. ¿Quién habrá ofrendado su espermia ahora?", preguntó. Fue el día de su realidad. Cuando le aseguraron el embarazo de Federico —época de mitos y susurros—, Marta dejó una esquila sobre la mesa de luz: "gracias por la ofrenda", valoraba. Palabras que Lahinde no ha olvidado. "Traje la plata del mes", avisa.

"Que la ponga por ahí", dice Marta. Demasiadas veces ha gritado que no quiere tocar ese dinero. "¿Usa una pinza para alzar los billetes sin ensuciarse los dedos?", se le ocurrió ironizar a Lahinde. "Chau", dijo al irse. "Chau, pa", se unieron tres voces.

Llega tarde al encuentro en el bar. La única mujer que está sola es expositora de un generoso escote. "Paisaje del paraíso bíblico es ese escote" —define Lahinde. Tiene que ser Mónica, la mina de la cita fantasmal en el boliche de nombre francés. Para ganar tiempo opta por meterse en el baño a resolverse encima, o dibla con un arabesco de wing izquierdo. Frente al espejo prepara una excusa: "un 25 de mayo es engorroso atravesar la zona del Congreso". Además sólo le va a dar la mano. Haber caído en un adjetivo que desvirtúa un estudio que muestra que tanta son datos claros: está inminente. Teatro a la gorra, gonorrrea, sodomorra, Sebastián Borro, me llamo-barro... asocia a partir de engorroso, mientras mide el despropio trayecto de sus bigotes. "Al abordejé!", rescata el alarido belicoso de una novela de corsarios de Emilio Salgari y sale del baño resuelto a invadir la bahía del

escote. Pero un par de metros antes desvía bruscamente la marcha. Cosas del wing. Se detiene y enfila hacia la puerta. Ya en la vereda suspira aliviado. Ve una mesa desocupada, lugar ideal para controlar los movimientos de Mónica. Descubre que también ella está inchole: echa una y otra ojeada al rejón, pide un segundo café. Lahinde se inclina por un campari. Aperitivo elegido en el subte, el color combinaría con el vestido rojo que Mónica había dicho que se iba a poner. No los sorprenden el disfraz, la máscara: el vestido es verde; la melena, ni negra, ni lacia. Metamorfosis. "Somos cartones que mendigan un abrazo. Eso sí, cartones de clase media. A los que yiran por la calle les toca la bolsa sucia, maloliente. Para nosotros reservan un neceser. Nadie sabe qué hay adentro. ¿Una mina, un niño, un perro? ¿Un tiempo que meca drones cargados con HIV? Seguro que el neceser que no abro hoy despide un perfume caro. Lo único auténtico es la marca del perfume. En la franja del chateo todo vale. La calidad del encuentro se fue a la mierda,

abortó el misterio", Lahinde escupe su oración fúnebre.

Un perro se ha acercado a una capa de sangre seca, pegoteada a la vereda. Ronda el perro la baldosa hasta que vuelve a armar el hocico. No se atreve a lamer la mancha pastosa. Lahinde le tira un dado de salame. El perro no acepta el convite. Alenderezar la escarapela torcida Lahinde toma el afiler que la ensarta. Leve puntazo sobre la yema del pulgar y unas cuantas gotas rojas caen junto a la mancha. El perro retrocede con las orejas erguidas. Lahinde cambia de silla por una más alejada. Que el animal haga lo que dicta su instinto. Pasan unos segundos y el perro avanza hacia las gotas que ha derramado Lahinde. Simula no tener interés hasta que asoma la lengua violácea, prólogo a lamida inminente. Lahinde desea que el animal elija su sangre, que lamiera le produzca placer. Si fuera mío lo llamaría Max, se dice en gestión demagógica. Parecen brillar las gotas frescas, del color de las cerezas más oscuras. De pronto el perro bosteza y va hacia la mancha seca. Lahinde mira de reojo y ve que adelanta una pata y raspa la mancha. Ahora la lengua del perro patina tratando de arrancar la sangre muerta. Lahinde se levanta y refrega la suela de su zapato sobre su sangre. Ya no quedan rasños. Paga el trago y va hacia la esquina. En eso alguien dice: "Amílcar...". Se da vuelta. Su nombre suena pronunciado unos 30 centímetros al norte del paisaje de pecho. "¿Usted es Amílcar Lahinde?", consulta la mujer. "No". "Sin embargo lleva un blazer azul con botones dorados y camisa a rayas". "No me llamo Amílcar". "Aunque duela, seamos francos: ¿es Lahinde o no le intereso? Soy Mónica. Dije que me llamo Mónica". "Tengo que irme". "Se que tenemos afinidades. No salgo con cualquiera". "Me esperan. Lo siento. Le dije se aleja por la calle Guido. El perro ha comenzado a seguirlo, atraído por los lamparones rojos que todavía iluminan la suela del zapato derecho. Llegando a Montevideo descubre Lahinde que lo tiene a un paso. El animal estira el hocico como si fuera un periscopio, apacha a la suela, olfatea. Lahinde se agacha, su mano recorre suavemente el lomo de Max.